

—¿Qué haces?—exclamó doña Inés.—¿Qué necesidad es la tuya? ¿Por qué me encierras?

Juanita contestó riendo:

—Te encierro para estar segura de tu neutralidad. No te quiero por aliada, sino por testigo. Cállate y mira.

Doña Inés, bastante enojada, replicó todavía:

—Ábreme. ¿Tendré que arrepentirme de haberme fiado de tí? ¿Qué burlas son éstas?

—Perdóname, perdóname—dijo Juanita con voz suplicante y dulce.—Tú eres mi madrina, mi protectora, y yo no quiero ni debo burlarme de tí. No dudes que conviene lo que hago. Cállate por Dios. Ten prudencia. Mira y observa sin hablar. Cállate. Oigo ruido. Nuestro hombre ha entrado en casa. Ya sube por la escalera. Chitón. Si él sospecha que hay alguien ahí, darás un escándalo y harás una tontería.

Doña Inés se resignó y se calló.

Pocos segundos después entró D. Andrés Rubio en la sala.



### XLIII

JUANITA no se arrepentía nunca de lo que había hecho, después de haberlo reflexionado bien ó mal; pero si su voluntad era firme y hasta terca, su entendimiento vacilaba y cambiaba á menudo, porque sucesivamente, cuando no al mismo tiempo, veía el pro y el contra de todas las cosas.

Al hallarse en presencia de D. Andrés, la asaltaron dudas y sintió algo como remordimiento.

—¿Hasta qué punto, pensó, me puedo permitir la burla que quiero hacer á este hombre, y hasta qué punto se la tiene merecida? ¿He sido suficientemente acosada para llegar á este extremo?

Como si ella misma se contestase, y sin dar tiempo á que D. Andrés dijese palabra, Juanita habló de esta suerte:

—Perdóneme V. E. Sr. D. Andrés, si le he atraído á mi casa con algo que puede calificarse de engaño. Me pidió V. E. una cita amorosa y yo se la he concedido...

—Pues entonces, dijo D. Andrés, no es mi perdón sino infinitas gracias lo que tengo que darte.

—Así sería, dijo la muchacha, si yo, desmintiendo la lealtad de mi carácter, no hubiese en esta ocasión engañado á V. E.

D. Andrés era hombre de mucha calma y de bastante mundo. Presumió que la muchacha quería hacerse valer, ir cediendo poco á poco y no declararse desde luego vencida. Tomó, pues, una silla y se sentó con mucho reposo apercibiéndose á oír lo que la muchacha dijese y hasta á contestarle discutiendo tranquilamente con ella. Aunque la discusión y el coloquio durasen media hora, serían el *andante* de un dúo y harían más vivo y más grato el *allegro* que vendría después.

Echados estos cálculos y ajustando á ellos su conducta, D. Andrés dijo:

—Veo con sorpresa que he venido á hacer aquí el extraño papel de tu confesor. Te me confiesas desleal y engañosa. ¿Qué quieres? Feos pecados son esos, pero la pecadora es tan bonita que yo la perdonaré y la absolveré si se arrepiente.

—De nada tengo que arrepentirme. Lo que he hecho, lo he hecho porque no podía por menos. V. E. me perseguía, me comprometía, me exponía y se exponía á sí mismo á tener un lance con mi novio. He sido leal y no he ocultado á V. E. que tengo novio y que le quiero y que por nada y por nadie del mundo le faltaré nunca. V. E. ha sabido por mi boca que ese novio mío es su amigo de toda la vida. Si él debe á V. E. muchos fa-

vores, también V. E. se los debe. Y si esto no le arredra y si no desiste de perseguirme y de solicitararme ¿quién es aquí el desleal y el engañoso: V. E. ó yo?

—No hay de mi parte, contestó D. Andrés, ni deslealtad ni engaño. El lazo reciente que á don Paco te une, bien puede desatarse con la misma prontitud con que se ha atado. Ni á él ni á tí os conviene. A él y á tí os sirvo y os valgo interviniendo para que el lazo se rompa. Quizás le dolería á él por lo pronto, pero más tarde me lo agradecería. Más tarde sentiría la satisfacción de verse libre de un absurdo compromiso.

—El compromiso, exclamó Juanita enojada, no es ni absurdo ni repentino. Hace ya cerca de dos años que él me ama de amor; que me respeta cuando todos me desdennaban; que me trata como á una señora y como á una santa cuando todos me juzgaban una perdida; que no ha sentido vergüenza ni ha vacilado en ofrecerme su mano y en darme su nombre; que aun viéndose desdennado por mí, ha seguido amándome y que me ha celado, y, creyéndome pocos días há prendada de otro hombre ó harto liviana para concederle favores, ha faltado poco para que se muera de pena. ¿Qué hay pues de absurdo ni de repentino en este compromiso? Yo le quiero y sería la más ingrata de las mujeres si no le quisiese. Yo le amo desde hace tiempo aunque hasta ayer no se lo he declarado y no le he dicho que soy suya. Suya soy ahora, y lo seré siempre, y sería yo muy vil si sólo con el pensamiento y si sólo por un

leve instante quebrantase la fe que le tengo prometida.

—Todo eso estará muy bien. No vengo aquí á discutirlo contigo. Ni para que tú me lo digas ni para que yo lo discuta, te he pedido yo y tú me has concedido la cita. Yo no soy un personaje ridículo y tú no tienes derecho para querer hacerme objeto de una necia burla.

—Yo estaba exasperada Sr. D. Andrés y si alguna falta hubo en mí, harta disculpa tiene. Por mi humilde cuna, por mi baja condición social, todos me despreciaban, incluso V. E. Confieso que he querido vengarme de este desprecio, y aun convertirle en aprecio, haciendo sentir á V. E. que valgo más de lo que imagina.

—Ahí está tu equivocación, Juanita; dijo don Andrés. Yo no he creído que te menospreciaba y que te humillaba al requebrarte. Sobre poco más ó menos tan plebeyo soy yo como tú y tan humilde es mi cuna como la tuya. Si tu madre se emplea en adobar cerdos, mi padre, antes de hacerse rico, como arriero y como labrador, guardó los cerdos en sus primeros años, porque fué porquerizo. Con que ya ves que nada nos debemos. Ya ves que es una tontería imaginar que yo te he solicitado por la bajeza de tu extracción. Lo mismo te hubiera solicitado y te hubiera perseguido, porque me enamoras, aunque fueses una reina extraviada por estos andurriales ó la princesa heredera del mayor imperio del mundo. Además tú eres libre y yo también lo soy. ¿A qué juramentos, á qué deberes hubiéramos

faltado queriéndonos? ¿Me habías tú dado seriamente parte de tu compromiso con D. Paco? ¿No podría yo suponer que era una coquetería sin formalidad ni consecuencia? Desengañate, tú has querido mofarte de mí sin motivo alguno, tú has querido vengar en mi agravios, imaginados ó reales, que otros y no yo te han hecho. A decir verdad tú debiste enamorar al padre Anselmo y atraerle á esta cita si es que la cita sigue siendo de burla. Él y no yo fué quien reprobó que te vistieses de seda. Lo que es yo aprobé y aplaudi el verte tan bien vestida. Y por mi gusto cada día estrenarías tú trajes mejores y más lujosos.

Juanita se aturdió un poco con esta no esperada salida del Sr. D. Andrés.

Casi receló que él tenía razón y que ella se había conducido irreflexiva y arrebatadamente.

Al fin habló así.

—Yo no voy á sostener ahora que he procedido contra V. E. con motivo bastante. Lo que digo es que estaba y aun estoy fuera de mí. Nada me importaría que me considerasen con la obligación de no vestirme ni de seda, ni de lana, ni de algodón siquiera, sino de esparto. Lo que me importa es que me respeten. ¿Qué segundo pecado original es el mío, que no hay bautismo que lave? ¿Qué mancha indeleble ha caído sobre mí, que no hay nada que limpie? ¿Qué vicio innato hay en mi sangre del que yo no puedo purificarla? ¿Por qué se supone tal mi flaqueza,

que necesite yo refugiarme en un convento para resistir las seducciones y los peligros del mundo? Crea V. E., Sr. D. Andrés, que aunque yo tuviera vocación de monja, la perdería si imaginase que era para huir de peligros que desprecio y que me siento capaz de arrostrar con el mayor denuedo.

D. Andrés se sonrió, halló graciosa y algo disparatada á Juanita al oírla quejarse y lamentarse de aquel modo, y le dijo con dulzura.

—Pero, hija mía, con todo eso que dices sólo me pruebas que estás quejosa de doña Inés. Quéjate en hora buena y no me hagas á mí responsable. Ni yo quiero que te metas monja, sino todo lo contrario, ni por más que miro alrededor de tí descubro los peligros que te cercan. Yo no deseo que te vengues de doña Inés ni de nadie; pero en todo caso, de ella y no de mí tendrías razón para vengarte. Y perdona, además, que sea franco contigo y que te acuse de un pecado constante y aun prolijo en tí; tu hipocresía tenaz. Ha tiempo que debiste tener el valor de no fingirte mística y devota si no lo eras, y de decirselo á doña Inés y no seguir engañándola. En tu franqueza pudo haber peligro, aunque tú le exagerabas; pero, ya que te jactas de valiente, debiste hacer cara á ese peligro sin apartarle de tí por medio de una falsía.

Juanita se mordió los labios, se compungió un poco y empezó á sospechar que en vez de dar una lección era ella quien iba á recibirla. Pronto, no obstante, se repuso. La misma dureza de

la acusación le hizo ver más clara su injusticia.

Juanita no había tomado asiento como D. Andrés. De pié se agitaba, hablaba é iba de un lado á otro.

Parándose y encarándose con D. Andrés, le dijo:

—¡Cuán injustamente me acusa V. E. de hipócrita y de falsa! ¿Qué había de hacer yo? La aprobación y el aplauso que V. E. dice que me daba, eran tan ocultos como inútiles; eran la carabina de Ambrosio. La reprobación general cayó sobre mí y sobre mi madre, y V. E. no protestó ni volvió por nosotras. Se supuso que yo era una perdida. Huyó la gente de mí para evitar el contagio como si yo tuviera la peste. Hasta ese desventurado de Antofuelo me insultó y me abandonó. Sólo D. Paco fué constante en amarme y en respetarme. Pero, repito, ¿qué había yo de hacer? Si yo apreciaba todo el valer de D. Paco, aún no le amaba de amor. ¿Podía yo abusar entonces de su caballerosidad y tomarle por marido y por escudo, arrastrándole conmigo al basurero en que todos los del lugar me habían echado? ¿Si yo fuese en realidad una perdida ó tuviese inclinación á serlo, me cree V. E. tan estúpida que ignore lo que valdria y lo que alcanzaría si á tal oficio me dedicase? Al verme en aquel humillante aislamiento, por haber querido lucir entre patanes la gallardía de mi persona, en vez de quedarme aquí y de ser hipócrita y falsa como V. E. dice, me hubiera ido á Madrid, á Barcelona, quien sabe si á Paris, donde se entiende lo que es hermoso y elegan-

te y se paga bien cuando se pone á la venta, y hace tiempo que viviría yo en un palacio y andaría en coche y gastaría en una semana más de lo que vale todo el caudal de V. E. bien vendido. ¿Pues qué ventaja he sacado yo de la hipocresía de que V. E. me acusa? Vivir con más apuros y con más miseria que antes; emplear mi tiempo en oír discursos de doña Inés y en leer con ella libros devotos, y no haber logrado hasta ahora con todo ello, sino la amistad de doña Inés que yo apreciaría infinito si ella me la diese incondicionalmente y sin sujetarme á sus tiránicos caprichos. También he logrado con mi hipocresía llamar hacia mí la tardía atención de V. E., que ahora, y no antes, me aprueba y me aplaude, pero de un modo según el cual no quiero yo ser aprobada ni aplaudida.

—Juanita, dijo D. Andrés: yo no he venido aquí á disputar contigo. Tendrás razón en estar quejosa de todo el género humano, pero de mí debes estar menos quejosa que de nadie. Mi pecado, si le hubo, fué de tardanza. No volví por tí á tiempo: ahora estoy dispuesto á enmendarme, pero quiéreme. ¿No gustas tú de que te respeten? Pues yo también gusto de ser respetado. No debo sufrir que de mí hagas tu juguete.

—Yo soy una chica de tan buen humor, que por fortuna huyo de lo trágico y todo lo tomo á risa. Y más vale así, porque mis compatriotas me han desesperado tanto, que si yo lo hubiese tomado más por lo serio, hubiera sido cosa de armarme de una caja de fósforos y de una lata

UNIVERSIDAD DE MONTERREY  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 1625 MONTERREY, MEXICO

de petróleo y de pegar fuego al lugar. Con que así, mejor es que yo tome á V. E. por juguete, que no que le pegue fuego.

—Prefiero el fuego á la burla que ahora quieres hacer de mí.

—Cuanto yerra al decir eso el Sr. D. Andrés —dijo Juanita casi cariñosamente. ¿Por qué ha de tenerse por burlado un hombre de noble corazón, si en vez de lograr los fáciles favores y de gozar de las compradas caricias de una mujer sinvergüenza, se halla con una mujer digna y honrada que anhela merecer y obtener su estimación, que le brinda con su más fervorosa amistad y que le tiende confiadamente las manos?

Al hablar así, con verdadera efusión, Juanita tendió en efecto las manos á D. Andrés. D. Andrés las tomó entre las suyas.

Juanita apareció entonces tan confiada y tan hermosa á los ojos del cacique, que éste le dijo:

—¿Por qué tu amistad solamente? ¿Por qué no tu amor? Ambos somos libres. Amándonos no tendremos que engañar á nadie. No tendremos que disimular ni que ocultar nuestro amor como un delito, como un robo.

—Eso no puede ser, yo no amo á V. E. de amor; —contestó Juanita. Yo amo de amor á otro hombre; y desprendió sus manos de las de don Andrés que aún las retenían.

Durante todo este coloquio doña Inés miraba por la claraboya y á menudo sentía la comezón de tomar parte en él hablando desde allí, pero el temor de lo ridículo enfrenaba su lengua.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 1625 MONTERREY, MEXICO



#### XLIV

**D**ON Andrés perdió entonces su circunspección y su calma. No pudo contenerse más.

— Ámame, dijo.

Y se abalanzó á Juanita y la ciñó con fuerza entre sus brazos.

Juanita recordó en aquel trance toda su antigua destreza en la lucha, cuando se peleaba con los muchachos á brazo partido y los tumbaba en medio del arroyo. Ella también se abrazó á don Andrés, le puso la barba en el pecho, le empujó al mismo tiempo en sus espaldas con las manos de ella y le echó una zancadilla tan hábil que le derribó al suelo.

Con maravillosa rapidez apartó Juanita sus manos y su cuerpo del cuerpo del enemigo derribado, y quedó erguida sobre él con la rodilla derecha en tierra y con la rodilla izquierda sobre el estómago y el pecho de D. Andrés, donde pesaba y oprimía como pujante prensa de hierro.

Con la mano izquierda había Juanita agarrado á D. Andrés por el pescuezo para que no levantara la cabeza y con la mano derecha tenía asido su siniestro brazo.

Juanita estaba así tan guapa que se parecía, aunque sin alas, al propio arcángel San Miguel dando una soba al diablo.

D. Andrés la contemplaba con tal embeleso que apenas sentía enojo de verse vencido. Y como era hombre muy versado en fábulas y en narraciones verdílicas, trajo á su pensamiento, para que quedasen eclipsadas por Juanita, á Pentesilea, á Clorinda y á Bradamante, y á otras mujeres heroicas que han florecido en el mundo, desde el Ebro, glorioso por las zaragozanas, hasta el claro Termodonte, en cuyas fértiles orillas reinaron las amazonas.

Por acaso se tocó D. Andrés, con la diestra que tenía libre, en el bolsillo del chaquetón, y notó con amargura los dos medios inútiles, que en él traía, de conquista, de ofensa y de defensa. Traía allí un cartucho con veinticinco onzas peluconas de Fernando VI y de Carlos III, dignas hoy por su rareza de figurar en el más rico gabinete de numismática. Y traía asimismo el revólver de seis tiros, bien preparado y cargado; pero como hubiera sido felonía villana emplearle contra una mujer, le dejó allí reposar tranquilo para mejor ocasión.

Entre tanto, y todo esto fué en menos tiempo que el que yo empleo en decirlo, la mencionada mano libre se hizo atrevida; pero contra todo atre-

vimiento son valladar y estorbo los bríos del alma, y éstos valieron bien á la gallarda vencedora.

Al sentir el insolente conato, el rubor tiñó sus mejillas; brillaron como áscuas sus ojos; la ira trocó en espantosa su linda cara.

Aterrorizada doña Inés, sacó la cabeza fuera del ventanuco y empezó á gritar; pero nadie podía oirla, y menos aún D. Andrés que no estaba para oír ni ver cosa alguna.

Juanita le apretaba el cuello con ambas manos haciéndole sacar tres pulgadas de lengua fuera de la boca, como perro jadeante.

Harto le pesaba tener que matarle. No había previsto Juanita que pudiese llegar aquel extremo; pero, puesta en él, estaba resuelta á todo por más que le pesase.

Apeando á D. Andrés el ya inoportuno tratamiento de V. E., le dijo:

—¡Ríndete ó mueres!

Nada contestó D. Andrés, porque no podía contestar. Lo que hizo fué retirar la diestra atrevida.

Aflojó entonces Juanita el dogal que tenía echado al cuello del cacique y le dijo:

—¿Te rindes á discreción? ¿Te declaras vencido?

—Me declaro vencido: haz de mí lo que quieras.

—¿Aprobarás y aplaudirás ahora que yo me case con D. Paco y serás en la boda su padrino?

—Aprobaré, aplaudiré y seré padrino en la boda.

—¿Serás además constante y bondadoso ami-

go mío, sin guardarme rencor, y pagándome, como debes, la amistad pura que yo te profeso y la estimación con que te miro?

—Seré tu mejor amigo como lo mereces.

Juanita entonces se levantó de un brinco, dejando libre á D. Andrés, que se levantó también algo maltrecho, mohino y humillado por la derrota.

Trocada así en piedad la cólera, Juanita hizo esfuerzos de imaginación, y, entre cándida y maliciosa, inventó desatinos para disimular ó explicar su triunfo.

—No te aflijas, dijo. Lo que te pasa le hubiera pasado á un jayán: al propio Goliat. No soy yo quien te ha vencido sino el demonio que ahogaba á los impuros novios ó amantes de la que fué luego mujer de Tobías, á fin de guardarla entera para él. Sin duda, D. Paco, que es muy devoto de San Rafael, Patrono de Córdoba, halló al tal demonio, en el desierto en que ha estado, y con el auxilio del arcángel, le desató y le envió á esta casa para que me defendiese. Por él estuviste, poco ha, y volverías á estar, si de nuevo te desmandaras, muy á punto de morir ahorcado como un zorzal entre mis dedos convertidos en percha. Pero no pienses más en eso. ¡Qué lástima si hubiera dado yo, sin querer, un día de luto á la ya entonces mal llamada Villalegre! Ahora no debemos pensar sino en el gran placer que hay en renovar amistades después de una brava batalla. Aquí no ha habido ni vencido ni vencedor. Dígamos ambos á la vez, tú á mí y yo á tí:

Valiente eres, capitán,  
y cortés como valiente;  
con tu espada y con tu trato  
me has cautivado dos veces.

—Tú eres mi cautivo y yo quiero ser tu cautiva, es decir, más amiga tuya que antes.

Y diciendo así, tendió de nuevo ambas manos á D. Andrés, más cariñosamente y con mayor confianza que la vez primera. Luego añadió:

Ahora vete con Dios y vuelve por aquí dentro de poco, á las diez y media, para que, en presencia de mi madre y de varios amigos, se celebren con D. Paco mis esponsales.

—Volveré como deseas. Antes deirme te dejaré aquí para el rescate de mi pariente Antónuelo, á quien tanto ó más que tú tengo obligación de proteger, los ocho mil reales que hay que dar al tendero murciano.

—Ya está arreglado eso. No necesito los ocho mil reales.

—Pues aunque no los necesites quédate con ellos, y tú y D. Paco contad con otros ocho mil más que os daré como regalo de boda.

Dicho esto se fué D. Andrés á la calle, no sin besar galantemente al despedirse la linda mano que había estado á punto de extrangularle.

Apenas salió D. Andrés, Juanita abrió la puerta de su alcoba, donde, como en chiquero, había estado doña Inés encerrada. Salió ésta de allí algo atontada y muda de espanto. Salió igualmente muy mansa y muy benigna, y aunque perdidas sus ilusiones respecto al misticismo de Jua-

nita, casi tan prendada ahora de su patente bizarria como antes de su misticismo, ya convertido en humo.

De todos modos, doña Inés siguió admirando la virtud de Juanita, y aun formó desde allí en adelante sobre su casta entereza un concepto muy superior al que tenemos de las antiguas heroínas que nos ponen por modelo las historias sagradas y profanas. Doña Inés, discurriendo sobre esto, pensó que al fin y al cabo Susana sólo tuvo que defenderse de dos viejos petates y no de un hombre guapo, rico y joven aún como el cacique. Lucrecia, á lo que doña Inés entendía, sucumbió aunque se mató después. Y en cuanto á Timoclea, tan ensalzada por Plutarco y á la que el macedón Alejandro concedió su admiración, todavía doña Inés tenía más que criticar, porque Timoclea, durante el saco de Tebas, no acertó á defenderse del capitán de los tracios, y sólo después le mató arrojándole á un pozo, porque aquel bárbaro le pidió dinero; de suerte que, si se le hubiera dado en vez de pedirsele, él hubiera quedado vivo y la anterior violencia impune.

Razón tenía, pues, doña Inés, en seguir admirando á Juanita; en decirle, como le dijo, que se alegraría de tenerla por madre política; en desistir con gusto de que Juanita se hiciese monja para que no eclipsase á la Monja Alférez y fuese la Monja Generala, y en ofrecerle para el regalo de su boda la cantidad que pensaba dar para la dote de su monjío.

Llamada por Juanita acudió Rafaela, que se quedó estupefacta y boquiabierta al ver allí á doña Inés, á quien acompañó á su casa.

Doña Inés prometió volver con don Alvaro á las diez y media.



## XLV

**C**UANDO Juanita se quedó sola, se lavó la cara y las manos, se alisó el pelo y sacó del armario el famoso vestido de seda, regalo de D. Paco.

Ella había tenido cuidado de refrescarle y de modificarle, dejándole á la moda del día. Con tela que tenía de sobra el corte y que ella había guardado, se había hecho un nuevo corpiño de medio escote, á propósito para recepciones y tertulias. Se puso este vestido, se miró al espejo y quedó muy satisfecha encontrándose bien.

Al volver Rafaela y al ver á Juanita vestida de gala, tuvo nuevo motivo de admiración.

Juanita y la criada encendieron después los tres velones que tenían, cada uno con cuatro mecheros.

Encendieron además veinte ó veintidós velas de cera y lo iluminaron todo tan ricamente, que la casa parecía aderezada para una solemne fiesta.

A poco llegó Juana la Larga, no trastornada, porque era sobria y prudente, pero algo sobreexcitada y de buen humor por haber presidido la opipara cena en casa de D. Andrés Rubio, cenando ella entre el rey David y San Pedro.

Al ver Juana la Larga la iluminación que en su casa había y cuyo fin ignoraba, receló por un instante que se había excedido en beber vino y que á causa de aquel exceso veía tantas luces.

Pronto la tranquilizó Juanita explicándosele todo.

Juana se puso más contenta que unas pascuas.

No bien dieron las diez y media, entraron casi á la vez todos los convidados. Eran éstos doña Inés y D. Alvaro, D. Andrés Rubio, el maestro de escuela D. Pascual, el tendero murciano y doña Encarnación su mujer, el padre Anselmo y D. Paco, personaje principal de la fiesta. Venía éste hecho un brinquillo, muy bien afeitado y peinado, con la levita nueva, regalo y obra de Juanita, y en el ojal con la condecoración azul que ella le había concedido.

Todos estaban ya informados de lo que iba á suceder, unos directamente por Juanita, según ya hemos visto, y otros por medio del maestro de escuela, á quien Juanita había dado el encargo de convidarlos. No fueron, pues, indispensables, ni discursos, ni explicaciones. Reinó allí muy cordial alegría.

Rafaela, auxiliada por Calvete, á quien llamó para este fin, sirvió un delicado pisco-labis. Para

los que no habían cenado ó tenían suficiente capacidad estomacal, hubo chocolate con hojaldres y con tortas de aceite; y para todos, mostachones, roscos y bizcochos de espumilla con mistela y dos ó tres clases de rosolis.

Cuando cundió el regocijo y se aumentó la animación de todos, Juanita los formó en círculo, asidos de las manos, y se puso á cantar con mucha gracia y con muy afinada y buena voz, aunque no había estudiado música, el célebre cantar del Conde de Cabra.

Yo no quiero al Conde de Cabra,  
Conde de Cabra, ¡triste de mí!  
que á quien quiero solamente,  
solamente, es ¡ay! á tí.

Al cantar *es ¡ay! á tí*, Juanita miró con ojos muy dulces á D. Paco. Luego siguió cantando:

Arroz con leche,  
me quiero casar  
con un guapo mozo  
de porte real.

Y tocando con sus manos en los hombros de cuantos había en el corro, sin excluir al cura, que la miraba complacido, Juanita fué diciendo:

—Ni con éste, ni con éste, ni con éste.

Al llegar á D. Paco, que dejó Juanita para lo último, dijo *sino con éste*, y le dió un abrazo muy apretado.

D. Paco la tomó por la cintura, la chilló, la aupó y la levantó á pulso dos ó tres veces en el aire.

Todos aplaudieron y gritaron:

—¡Que vivan los novios!

Anunciada ya la boda para lo más pronto posible, los futuros esposos fueron felicitados.

El padre Anselmo, viendo que D. Andrés y los Sres. de Roldán hacían regalos muy lucidos, no quiso ser menos, hasta donde sus recursos lo consintiesen. Y con el fin de que su regalo tuviese el significado de retractación y palinodia, prometió hacer venir de Madrid un lujoso corte para un vestido de seda.

El maestro D. Pascual estaba harto mal de dineros, pero tenía buenos libros, y quiso dar inmediatamente, para regalo á Juanita, algunos tomos de la Biblioteca de Rivadeneira; entre ellos *El Romancero General* y las *Comedias de Tirso*, á cuyas heroínas era Juanita muy semejante por lo desenfadada y traviesa.

D. Ramón, que traía en cartera el pagaré para que Juana le refrendase y pusiese en él su visto bueno, en vez de dar ó de prometer, recibió por lo pronto las veinticinco onzas peluconas, ó sean los ocho mil reales. Pero D. Ramón se sintió estimulado á competir y hasta á vencer en generosidad á los otros. Dijo al oído á su mujer el prurito que sentía de ser generoso, y doña Encarnación tuvo que dominarse para no arañarle. La generosidad triunfó, á pesar de todo, en el corazón del tendero murciano.

—Juanita, dijo: yo te doy dos mil reales para que te merques un hermoso brazaletes de oro, diamantes y perlas.

Al hablar así, D. Ramón devolvió á Juanita el pagaré que ella había firmado. En seguida añadió:

—Según el pagaré, tú me eres deudora de diez mil reales, y como me has dado ocho mil, me debes dos mil aún. Yo te los perdono.

La generosidad de D. Ramón fué solemnizada por toda la concurrencia con los más ruidosos aplausos.

Veinte días después de lo que acabamos de contar se celebraron las bodas de Juanita y don Paco.

Los mozos del lugar no prescindieron de la cencerrada que debía darse á D. Paco como viudo.

Él y Juanita la oyeron cómoda y alegremente desde la casa y alcoba de D. Paco, donde Juanita estaba ya, sin que hasta la una de la noche les molestase el desvelo que podía causar aquel ruido. Cesó éste al fin convirtiéndose en vivas y aclamaciones, merced á la simpatía que inspiraban los novios y á una arroba de vino generoso y á bastantes hornazos y bollos que el alguacil y su mujer repartieron entre los tocadores de los cencerros.

Así D. Paco se durmió al fin con reposo y merced al silencio, y también se durmió Juanita, á la vera suya, como mansa cordera y no como fiera leona; suave y graciosa como Jerusalén y no terrible como un escuadrón de caballería.